

## Capítulo XLIX.

Un plan.

La pendiente del crimen es muy rápida.

Dado el primer paso, no es posible detenerse.

Ovando, aquel hombre respetable, elegido por la piadosa Isabel para dar una satisfacción al inmortal descubridor del Nuevo Mundo, para poner coto á los desmanes de Bobadilla, para dulcificar la angustiosa situación de los indios, para ayudar á los misioneros en la propagación de la fé cristiana; aquel hombre que tanta rectitud habia observado en su conducta, que tan señaladas muestras habia dado de bondadosa severidad, al verse lejos de la madre pátria, con tan amplos poderes como los que le habian dado los reyes, embriagándose de vanidad al observar que la gloria del ilustre marino, gloria que habia llenado el mundo

antiguo, le servia de pedestal, olvidando un pasado, buscó en el crimen, revestido con las formas de la curiosidad, entre los suyos la popularidad, entre los indígenas el miedo, el respeto, la veneración á su fuerza.

Ya hemos dicho antes que se volvia contra su pecho el puñal que habia esgrimido contra los inocentes; que la popularidad le ahogaba, y que en medio de sus tribulaciones, la sola idea que le halagaba era la de que Colon hubiera perecido, la de que su brillante gloria se hubiera eclipsado para siempre, la de que aquel hombre inmenso, cuya poderosa figura no hubiera cabido en el viejo mundo, hubiera hallado por sepulcro el abismo, por sudario las olas, y por epitafio las maldiciones de los seres unidos por los lazos del cariño con los que le habian acompañado en su desastrosa expedición, y que por él y con él habian sucumbido.

Pero Mendez habia destruido su alegría.

Atravesando á nado las impetuosas aguas del Océano habia llegado á Santo Domingo, no sólo á decirle que vivia Colon, sino que en su viaje habia descubierto un país que guardaba en sus entrañas el mejor oro que en las Indias se habia encontrado hasta entonces.

Este triunfo le irritaba hasta la desesperación, y veia en la circunstancia de hallarse el almirante obligado á permanecer en las costas de la Jamáica, por carecer de buques que le llevasen á España, veia, repetimos, una ocasión de ejercer con él la crueldad

que las tempestades no habían osado tener con aquel gran hombre.

Inmediatamente concibió un infame proyecto.

Su objeto era obligar al indio á que se apoderase del pliego que debía llevar Mendez á los Reyes Católicos.

Cuando estuviera en poder del indio, nada más fácil que atravesarle el corazón para apoderarse del pliego.

Obtenido este primer triunfo, enviaria á Mendez con tres ó cuatro buques en busca de Colon.

Los tripulantes, ganados de antemano por él, al dar vista á las carabelas del almirante, asesinarían á Mendez, y sin acercarse á los buques acecharían el momento en que el hambre y la desesperación concluyesen con aquellos desgraciados náufragos para apoderarse de los papeles y mapas de Colon, volver con ellos á Santo Domingo, y desde allí participar á los reyes el descubrimiento como verificado por Ovando, dándoles cuenta al mismo tiempo de la desastrosa muerte de Colon y los suyos.

Parecíale tan fácil la realización de este plan, que no podía ménos de experimentar en el fondo de su alma una inmensa alegría.

Apenas abandonó al indio, lo preparó todo para llevar á cabo su criminal propósito.

Uno de los pajes en quien tenía más confianza fué el designado por él para poner en práctica la primera parte de su pensamiento.

Llamábase García Perez, y á pesar de sus pocos

años, pues apenas contaba veinticinco, había cursado con aprovechamiento la gramática parda en las Tendillas de Toledo.

En la misma ciudad, comprometido en un lance con un hidalgo, le atravesó de una estocada, y como la familia del muerto era poderosa, se vió tan perseguido que al fin y al cabo cayó en manos de los cuadrilleros, y lo hubiera pasado muy mal si por una casualidad no le hubiera visto el obispo Fonseca y se hubiera prendado de su agudo ingenio y de su descarada sinceridad.

Condolido de su suerte, influyó mucho para que conmutaran su condena, incluyéndole en el número de los criminales á quienes se ofreció indulgencia en cambio de los servicios que prestasen en las colonias de las Indias.

Fonseca, que no desperdiciaba una sola ocasión de engrosar las filas de sus partidarios contra el almirante, lo recomendó particularmente á Ovando.

Este le hizo su paje, y no tardó en emplearle en sus intrigas, porque conoció desde luego su habilidad, su destreza y sus pocos escrúpulos.

Ovando llamó á su paje.

—Es necesario,—le dijo,—que mandes preparar para esta noche una abundante cena.

—¿Para obsequiar al huésped?—preguntó maliciosamente el escudero.

—En efecto: para obsequiarle es.

—¿Pondremos buenos vinos?

—Busca dos compañeros, y que os sirvan el vino

en cuatro jarros distintos. En uno de ellos, en el del huésped... quiero que se encuentre un sueño profundo.

—¿Un sueño que sea imagen de la muerte?

—Imagen sólo.

—¿Es decir que todavía?...

—¡Pues! Por ahora sólo me convienen que duerma.

—¿Y mis dos camaradas?

—Cuando el huésped empiece á dormir, te lo llevaré. Yo le daré entonces un compañero.

—¿El indio tal vez?

—Lo has adivinado. Por la mañana al romper el alba procurarás que el indio salga contigo hacia la playa.

—Sí, ya entiendo.

—Acaso no.

—El indio llevará en su poder...

—Sí, un pliego.

—Que necesitáis adquirir á toda costa.

—Eres muy ducho.

—Deseo serviros.

—Como el indio no te dará de buen grado el pliego...—dijo Ovando.

—Comprendo: habrá necesidad de quitárselo á la fuerza.

—Los colonos madrugan poco. Un agudo puñal te bastará...

—Eso es.

—Una vez en la playa,—continuó tranquilamen-

te el gobernador,—adan más fácil que arrastrarle á la orilla, atarle al cuello una piedra y arrojarle al fondo del mar.

—Todo se hará á medida de vuestro deseo,—contestó el paje.

—Ten cuidado, porque el vino que os van á servir es sabroso, y podrá agradarte demasiado.

—Cuando estoy de servicio sé cumplir perfectamente con mi deber.

—El premio que te espera es grande.

—Ya sé que me estimais.

—Pues buena suerte, y hasta mañana.

—Dormid tranquilo. Yo mismo vendré á despertaros despues de cumplir vuestras órdenes.

Ovando volvió adonde estaba el indio.

—Esta noche,—le dijo,—la pasarás al lado de Diego Mendez; procura velar, y cuando él duerma, apodérate del pliego. Por la mañana muy temprano, antes de que despierte, irá á buscarte uno de mis pajes. Síguele, que él te llevará á bordo de un navío, en el que irás á España.

El indio besó la mano del gobernador.

García Perez lo dispuso todo para la cena.